Bosquejos de los mensajes
para el entrenamiento de tiempo completo
del semestre de primavera del 2005

TEMA GENERAL:
NOÉ, DANIEL Y JOB: MODELOS DE UNA VIDA VENCEDORA
QUE SE LLEVA CONFORME A LA LÍNEA DE LA VIDA
CON MIRAS A CUMPLIR LA ECONOMÍA DE DIOS

Mensaje diecisiete

Job
(4)
Obtener más de Dios a fin de ser transformados por Dios para el cumplimiento de Su propósito

Lectura bíblica: Job 42:1-6; 2 Co. 4:10-12, 16-18

I. Cuando Dios se le apareció a Job, éste vio a Dios, y de este modo obtuvo más de Dios en términos de su experiencia personal y llegó a aborrecerse a sí mismo—Job 38:1-3; 42:1-6:

A. Mientras Dios sometía a Job a diversos padecimientos, Él tenía como propósito reducir a Job a nada y al mismo tiempo conservarle la vida (2:6) a fin de tener el tiempo adecuado para impartirse a Sí mismo en Job; a Dios le importa una sola cosa: forjarse en nuestro ser.

B. El propósito de Dios al someter a los Suyos a diversos padecimientos, responde a Su deseo de que Su pueblo obtenga más de Él, participe de Él, le posea y le disfrute cada vez más —en lugar de disfrutar todas las demás cosas— hasta que tal disfrute alcance su plenitud y ellos lleguen a ser la Nueva Jerusalén—Fil. 3:8-9; Ap. 21:2.

II. Ver a Dios equivale a obtener más de Dios para ser transformados por Él; obtener más de Dios es recibir a Dios mismo en términos de Su elemento, Su vida y Su naturaleza—2 Co. 3:16, 18:

A. Si hemos de ver a Dios, tenemos que ejercitar nuestro espíritu—Ef. 1:17-18; 3:16-17; 1 Co. 2:9-16; 2 Co. 4:13:

1. Cuanto más le vemos a Él en nuestro espíritu, más recibimos en nuestro ser todos Sus ingredientes, los cuales llegan a ser nuestro constante suministro interno—vs. 16-18.
2. En medio de nuestras aflicciones, tenemos que prestar atención a nuestro espíritu tomando al Señor como nuestra morada, en ello estriba el secreto de nuestra suficiencia—2:13; 7:5-6; Mal. 2:15-16; Sal. 91:1; Fil. 4:11-13; Sal. 90:1-11; 31:20; Is. 32:2.

B. Si hemos de ver a Dios, debemos tomar las medidas necesarias para que nuestro corazón sea purificado—Mt. 5:8; 13:18-23:

1. Tenemos que ser renovados en el espíritu de nuestra mente al ser reconstituidos con la santa palabra de Dios a fin de ser instruidos, gobernados, regulados y controlados por la palabra de Dios—Ef. 4:23; Dt. 17:18-20.
2. El amor del Señor debe arder en nuestros corazones de tal modo que nuestra parte emotiva esté llena del Señor, lo cual será nuestro celo por Su casa—2 Co. 5:14; 2 Ti. 1:6-7; Jn. 2:17; Mr. 12:30.
3. Nuestra voluntad tiene que ser subyugada por Cristo y transformada con Cristo por medio de padecimientos para que pueda estar sujeta a la autoridad de Cristo como Cabeza—Fil. 2:13; cfr. Cnt. 4:1, 4; 7:4a, 5.
4. Debemos mantener una conciencia buena y pura mediante la incomparablemente preciosa sangre de Cristo que nos lava y purifica—Hch. 24:16; 1 Ti. 3:9; He. 9:14; 10:22.

III. La transformación nos traslada de una condición a otra, es decir, de la forma que corresponde al viejo hombre a la que corresponde al nuevo hombre; el Señor realiza esto en virtud del efecto aniquilador de la muerte de Cristo—2 Co. 4:10-12, 16-18:

A. En 2 Corintios 4:10 Pablo afirma que siempre llevamos en el cuerpo la muerte de Jesús, aquí *muerte* denota "dar muerte"; la muerte de Cristo nos mata—1 Co. 15:31, 36; Jn. 12:24-26; 2 Co. 1:8-9:

B. La muerte de Cristo se halla en el Espíritu compuesto; el Espíritu es la aplicación de la muerte de Cristo y la eficacia de la misma—Éx. 30:22-25; Ro. 8:13.

C. La vida cristiana es una vida que todo el tiempo está bajo el efecto aniquilador del Espíritu compuesto; esta diaria aniquilación es llevada a cabo por el Espíritu que mora en nosotros y con nuestro entorno como el instrumento de muerte:

1. La obra que el Espíritu realiza en lo íntimo de nuestro ser consiste en forjar un nuevo ser, pero la obra que el Espíritu realiza externamente consiste en demoler nuestro ser natural en todos sus aspectos, valiéndose para ello de nuestro entorno.
2. Lo que somos por naturaleza carece de valor o significado alguno; lo único que cuenta es lo que el Espíritu forja en lo íntimo de nuestro ser—cfr. Jer. 48:11.
3. Debemos cooperar con el Espíritu que opera en nuestro ser y aceptar el entorno que Dios ha dispuesto para nosotros—Fil. 4:12; Ef. 3:1; 4:1; 6:20; 1 Co. 7:24.

D. En conformidad con lo que Dios ha dispuesto de manera soberana y divina, todo coopera para nuestro bien, o sea, para nuestra transformación, por medio del efecto aniquilador de la muerte de Cristo—Ro. 8:28-29; cfr. Sal. 31:15a:

1. Quizás nos quejemos ante Dios, pero es posible que tal queja sea la mejor de nuestras oraciones, la oración que más agrade a Dios; mientras nosotros nos quejamos, Dios se regocija, pues Él hace que todo coopere para nuestro bien de modo que seamos conformados a la imagen de Su Hijo primogénito—cfr. Sal. 18, subtítulo [Holy Bible, Recovery Version (Santa Biblia, Versión Recobro)].
2. No sabemos qué clase de oración que Dios anhela, ni tampoco tenemos en claro cómo debemos orar, según el apremio que nos embarga, con respecto a ser conformados a la imagen del Hijo de Dios; por lo cual, gemimos, y en nuestro gemir, el Espíritu intercede por nosotros—Ro. 8:23, 26; cfr. 2 Cr. 20:12; 1 R. 8:48.

IV. El ministerio es producto de la revelación que recibimos más los sufrimientos que padecemos: lo que vemos se forja en nosotros mediante sufrimientos; por ende, ministramos lo que somos:

A. La tribulación es la dulce visita y encarnación de la gracia con todas las riquezas de Cristo; la gracia nos visita principalmente en forma de tribulaciones—2 Co. 12:7-10.

B. Mediante tribulaciones el efecto aniquilador que la cruz de Cristo tiene sobre nuestro ser natural nos es aplicado por el Espíritu Santo, haciéndolo posible que el Dios de la resurrección sea añadido a nuestro ser—1:8-9; 4:16-18.

C. La tribulación produce perseverancia, la cual produce un carácter aprobado, es decir, una cualidad o atributo que es resultado de soportar y experimentar tribulación y prueba—Ro. 5:3-4.

V. Dios mismo como amor fue derramado en nuestros corazones juntamente con el Espíritu Santo, quien nos ha sido dado, como el poder motivador que opera en nuestro interior a fin de que seamos más que vencedores en medio de todas nuestras tribulaciones; así pues, al soportar cualquier clase de tribulación, no somos avergonzados, sino que vivimos a Cristo para que Él sea magnificado ante los demás—v. 5; 8:31-39; Fil. 1:19-21a.

© 2005 Living Stream Ministry